

Todavía hay gente que me reconoce en la calle. De vez en cuando alguno se acerca y me pregunta si efectivamente soy yo. Es natural que duden, ya que en los cuatro años que pasaron desde los hechos que me hicieron fugazmente famoso cambié bastante. En esos casos contesto que no, que me confunden con otro. Si mi madre está conmigo, mira al suelo y no dice nada. Pero yo me doy cuenta de que todo eso le desagrada, que en alguna parte aún tiene esperanzas de que me convierta en el chico que soñó.

Ella suele decir que intuyó que había algo diferente en mí desde el primer momento, cuando no tenía más que unos días de vida. Hubo luego otros signos, reveladores a sus ojos, pero fue recién con el asunto de las letras magnéticas cuando sintió que su palpito se confirmaba. Aunque para mí ese fue un episodio sin mayor importancia, si uno la escucha a ella se trató de

un día clave, punto de partida de todo lo que vino después.

Era diciembre, cerca de las fiestas de fin de año. Las letras en cuestión estaban adheridas a la parte baja de la heladera para que yo me entretuviera mientras los adultos se movían por la cocina. Esa tarde hacía demasiado calor y todos estábamos un poco irritables. Para evitar que yo siguiera tirando de su vestido, mi madre me señaló las letras y dijo que le alcanzara una eme azul y una a roja. Era como pedir la Luna y las estrellas: algo imposible con lo que solo buscaba alejarme un poco de sus piernas para terminar de cortar una manzana. Yo tenía en ese momento veinte meses. Dice que no dudé: en pocos segundos volví con las dos letras. Mamá se atragantó con el trozo de manzana que acababa de ponerse en la boca y por un momento pensó que podía ser una casualidad. Decidió pedirme la ele verde. Le traje la ele verde. Entonces gritó y fue a llamar a papá para que lo viera con sus propios ojos.

No es que quiera jactarme. Para mí todo eso no fue más que una sencilla muestra de precocidad: hice lo mismo que la más tonta de las personas, solo que un tiempo antes. Según la cronología familiar caminé a los nueve meses, al año hablaba sin parar, antes de los dos sabía las letras y los números, y a los cuatro leía y escribía aunque

nadie me había enseñado. Meses después, multiplicaba y dividía.

Por supuesto, no me acuerdo nada de todo eso. Pero se lo oí contar tantas veces a ellos que es como si lo recordara. A los cinco años decidieron hacerme ver por un experto que me sometió a una larga serie de estudios. Después les dijo a mis padres que tenían en sus manos un diamante: mi cociente intelectual era de 152. Desde entonces, esa es como una cifra mágica en mi casa. Mamá llegó incluso a jugar varias veces el 152 en la lotería, aunque nunca ganó nada.

En esa época, ella aún trabajaba. No era mucho tiempo: iba unas tres tardes por semana a un consultorio donde hacía de asistente de un dentista. Yo me quedaba con mi abuela o con una vecina. Pero después de que se demostrara mi alta capacidad (así empezaron a decirle, porque la palabra superdotado estaba mal vista), decidió que tenía que concentrarse en mi formación. Porque tener un genio en casa, decía, es una gran responsabilidad. Desde entonces, puso una enorme energía en resolver todas las dificultades que aparecían en mi camino para que nada me impidiese desarrollar mis talentos. Supongo que debería estar agradecido por ello. Aunque a veces no sé.

Empecé la escuela un año antes de lo habitual. Dicen que me negué a seguir yendo a la salita azul del jardín de infantes. La maestra era alta, fea y se llamaba Rita. Lo poco que recuerdo de ella es que se empeñaba en enseñarnos una canción sobre sapos y que me decía muñequito. Yo la odiaba. Cada vez que podía me escapaba a un pasillo desde donde veía pasar a los chicos de la primaria con sus enormes mochilas cargadas de libros. Me moría por ser como ellos.

Mamá habló con maestros y psicólogos, hizo infinitos trámites y finalmente logró que entrara a primer grado sin tener la edad requerida. Creo que al principio yo no registraba demasiado lo que estaba pasando. Ni siquiera supe, hasta mucho después, que todos los demás chicos eran mayores que yo.

A los seis aprendí a jugar al ajedrez. Me enseñó papá, que no es un gran jugador pero se defiende. Cuando empecé a ganarle, mamá me anotó en un club cerca de casa. Me gustó enseguida. Se trataba de un lugar tranquilo, donde nadie preguntaba nada: simplemente se sentaban y jugaban. Era gente que prefería el ajedrez a muchas otras cosas, como ir al cine, jugar al fútbol o mirar la tele, y eso los volvía un poco raros. Yo en esa época no tenía conciencia de ser raro, pero tiempo

después me di cuenta de que así era como me veían los demás. Muy raro.

En el club me hice mi primer amigo: Pablo. Era dos años mayor y me caía muy bien. Me parece que él era mucho más raro que yo, por lo cual a su lado me veía bastante normal y eso era una ventaja. Pablo vivía con su abuela, no sabía dónde estaban sus padres y tenía muchos problemas en la escuela porque se portaba mal y solía enfurecerse. Cuando estaba verdaderamente furioso rompía cosas. Pero me enseñó un juego fantástico de números con el que podíamos pasarnos la tarde entera. Lo llamábamos simplemente así: “números”. Hubo unas vacaciones en las que no hicimos otra cosa que jugar ajedrez o números y leer historietas. A mí se me antojaba que esa era una vida bastante perfecta. Pero un año más tarde todo cambió porque reapareció el padre de Pablo y se lo llevó a vivir con él a otro país. Nunca más lo vi.

En el club yo prefería jugar con gente de mi edad. Me parecía que a los adultos no les gustaba sentarse ante un chico: se ponían incómodos.

Una vez me enfrenté a un señor gordo y canoso que apenas me vio empezó a reírse.

—Qué contrincante tan chiquito —dijo.

A mí sus chistes no me hacían gracia. Cuando le gané me dio la mano aún riéndose y me felicitó, pero después de levantarse le insinuó a un amigo que me había dejado ganar para estimularme. Yo sabía que era mentira: sus esfuerzos por derrotarme habían sido bastante evidentes. Me pareció muy injusto y siempre he tenido problemas para tolerar la injusticia. Tal vez por eso de ahí en adelante me negué a jugar con adultos.

Poco después de que cumpliera ocho años el club organizó un torneo interno para chicos. Gané yo. Mi mamá me felicitó y puso el trofeo en una vitrina de la sala. Al año siguiente me lo volví a llevar. Ya no la pasaba tan bien, porque había mucho revuelo en torno a cada pareja que jugaba y eso nos ponía a todos un poco nerviosos. Yo sé que cuando estaba sentado frente al tablero tenía muchas ganas de ganar, pero al final invariablemente me sentía mal por el que perdía, algo que nunca he podido evitar.

En esa época empezaron a decir que yo tenía extraordinarias aptitudes para el juego. Un profesor del club le propuso a mi madre prepararme con clases particulares. Quería que compitiera

en el torneo interclubes. Ella me lo explicó durante una cena: si me iba bien, un par de meses después podíamos viajar a Córdoba, donde se iba a celebrar un torneo importante. Y, quién sabe, quizá luego al nacional.

Lo pensé mientras terminaba de comer un huevo frito. Y dije que no.

—Mejor sigo como hasta ahora.

Mamá se puso tensa, pero trató de no mostrarlo. Depositó suavemente los cubiertos sobre el plato y me miró.

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

—No sé, no tengo ganas de ir a los torneos.

—Pero ¿por qué no? —insistió.

—Hay que tomar muchas clases y leer los libros de ajedrez. Ahora me interesa más leer sobre los dinosaurios.

—¿Dinosaurios?

Mi mamá frunció el ceño. Se estaba poniendo muy nerviosa.

—Sí, saqué unos libros de la biblioteca. Están muy buenos. ¿Te los muestro?

—Ahora no —sonrió forzosamente—. Quisiera que entiendas la importancia de lo que estamos hablando: tenés una aptitud natural para el ajedrez. Eso no es algo tan frecuente: podrías

convertirte en un campeón. Un Gran Maestro. Sería una lástima desaprovechar ese potencial.

Me encogí de hombros otra vez.

—Puedo hacer otras cosas. Quizá sea paleontólogo: son las personas que estudian los restos fósiles y...

—Sé lo que es un paleontólogo —me interrumpió ella cortante—. Pero estoy tratando de explicarte que tu capacidad para el ajedrez se sale de lo normal...

—Además —la interrumpí yo—, tendría que viajar mucho y no me gusta. En los ómnibus me mareo y vomito.

—Podemos ir en auto.

En ese punto intervino mi papá, que, como siempre, había estado escuchando en silencio. Parecía enojado. Golpeó la mesa con la mano y los vasos tintinearón.

—¡El chico tiene nueve años, Iris! ¡Nueve años! ¡No lo ahogues!

Ella no contestó nada.

—Vas a hacer lo que quieras, Francisco —siguió papá—. Si no te interesa el torneo, no hay torneo.

Creo que fue una gran desilusión para mamá, aunque después lo superó. En los años que siguieron yo iba a volver a desilusionarla en

muchas oportunidades. Es que ella siempre tuvo demasiadas expectativas conmigo. Son innumerables las veces en que dijo que yo estoy destinado a hacer cosas grandes. No sé exactamente a qué se refiere cuando dice eso, pero creo que piensa en algo así como un Premio Nobel.

Y ahora, que estoy por primera vez detrás de algo grande, no le dije nada. Sucede que es algo vinculado con los recientes asesinatos y temo que se preocupe. Creo que no va a gustarle nada.

Hay dos cosas que me apasionan: los crímenes y las estrellas. Alguien podría decir que unos y otras no tienen nada que ver, pero yo pienso que sí. Creo que lo que los une es el misterio.

Algunas noches saco una silla al balcón y me paso un largo rato mirando el cielo. Primero dejo que mis ojos se acostumbren. Después trazo unas líneas imaginarias para ubicarme y me dedico a localizar las constelaciones que conozco. Al cabo de un rato de estar observándolas suele sucederme algo extraño: empiezo a percibir detalles que antes pasaba por alto. Veo un punto oscuro donde sé que días atrás titilaba una luz o noto que de pronto hay una estrella que se ve más brillante, más intensa: como si estuviese enviando un mensaje que es necesario descifrar.

Lo bueno de los misterios del espacio es que nunca se acaban. Cada vez que los astrónomos logran solucionar uno surgen dos o tres nuevos.